

OPINIÓN Y ACTUALIDAD

UNA HIPÓTESIS PSICOLÓGICA SOBRE LOS CORRELATOS NEUROCOGNITIVOS DE LA VIOLENCIA SISTEMÁTICA DEL TERRORISMO

Andrés Montero Gómez¹

Sociedad Española de Psicología de la Violencia.

Introducción

En enero de 1948, Bertrand Russell, pensador inglés y uno de los más reputados filósofos de la primera mitad del siglo XX, afirmaba en un artículo (Poundstone, 1995) publicado en la revista *New Commonwealth* que la mejor opción que quedaba a los Estados Unidos en aquellos titubeantes comienzos de la tensión entre bloques era desencadenar lo que se conoció entonces como guerra preventiva, un ataque nuclear, intenso y devastador por sorpresa contra la Unión Soviética que asegurara una victoria total y definitiva. Cuenta Russell en su autobiografía (Russell, 1971) que un poco más de cuarenta años antes, a raíz de una experiencia mística, se había convertido en pacifista y rehuía y argumentaba contra toda clase de agresión y violencia. Incluso, durante la primera Guerra Mundial, el matemático y filósofo había perdido su prestigiosa plaza docente en Cambridge y había apreciado la frialdad de la hospitalidad penitenciaria por un período de seis meses a causa de sus ideales antiviolencia. En la madurez de su vida, en cambio, tras observar el genocidio atómico sobre Hiroshima y Nagasaki, se mostraba acérrimo partidario de la desintegración fulminante de otra nación, la Unión Soviética, antes de que la carrera armamentística del bloque comunista situara en peligro potencial al paraíso occidental, a los buenos, a los aliados.

El caso de Russell no es, por supuesto, único. Tras cada enfrentamiento bélico, tras cada inexorable maquinaria de guerra, se esconde agitado el trabajo intelectual de mentes que piensan sobre alternativas y recursos, sobre el progreso basado en unas ideas propias y

¹ Este artículo es una adaptación ampliada de la ponencia “*Essai sur la mentalité terroriste*”, presentada por el autor en el Colloque International sur le Terrorisme, celebrado en Argel entre el 26 y 28 de Octubre de 2002.

amenazado por la osadía de planteamientos igualmente elaborados por la razón, pero ajenos. Se conforman de esta manera una suerte de bandos intelectuales, nucleando el conflicto con sus palabras y escritos, que inciden de modo significativo en quienes finalmente empuñarán las armas y esquilmarán las vidas de aquellos señalados como enemigos. La idea, el pensamiento, se tornan de pronto portadores de odios y desatinos, de ambiciones y sufrimientos. El trasfondo de un homicidio pasional, la muerte de una esposa a manos del delirio de un marido, o de un crimen instrumental, el asesinato de un narcotraficante por la traición de unos asociados, se procura sustentar en edificios poco complejos de justificaciones, en los celos, la indiferencia o la rentabilidad delictiva. Por contra, la eliminación sistemática de ciudadanos civiles o la guerra organizada entre ejércitos identificados se rodean de idearios, convenientemente traducidos en realidades paralelas interiorizadas mentalmente, que beben a menudo de reflexiones modeladas en la fragua de la racionalidad más intelectual. La figura del pensador se yergue entonces como un oráculo de donde manan las verdaderas esencias de la justicia. El contenido de los argumentos no importa, ya puedan ser las apologías míticas de un Federico Krutwig para sustentar los atentados de una ETA incipiente o la radicalización religiosa de la ley hebraica para condenar a Isaac Rabin. La palabra como excusa, la doctrina vestida de dogma ha sido en demasiadas ocasiones el *detonante racional* para la barbarie. Al margen de reacciones defensivas o instintivas de alto contenido biológico, el resto de comportamientos humanos está mediado por el pensamiento, la razón que se manipula en la mente con instrumentos tintados de creencia.

Violencia como producto de un ser social

La violencia es una manifestación compleja de la conducta social humana que se configura alrededor de expresiones en un triple sistema de respuesta, esto es, fisiológico-emocional, cognitivo y conductual-motor. A pesar de que algunos enfoques teóricos clásicos (Lorenz, 1966; Storr, 1968) han pretendido postular un innatismo reduccionista en un tipo de agresividad humana que conduciría inexorablemente a la violencia, las investigaciones multidisciplinares no hacen sino corroborar que la violencia es un comportamiento aprendido y adquirido socialmente, no obstante la posibilidad, como apuntan ciertas orientaciones actualmente (Gómez-Jarabo, 1999; Sanmartín, 2000), a que exista una pre-programación biológica para una agresión diferencial con respecto a la violencia. En este último sentido, a la luz de la ciencia a nuestra disposición, cabría considerar que el hombre es un ser biológicamente capaz de expresarse de manera agresiva, pero únicamente sujeto activo de violencia en tanto la agresividad ha sido canalizada por aprendizaje para servir de instrumento social. Aunque una definición consensuada para la violencia está lejos de ser alcanzada entre los especialistas, con respecto a la agresividad a modo de su encaje biológico, la violencia estaría caracterizada *inter alia* por la propositividad y, por ende, la

intencionalidad y por su implementación para anular a otro ser humano, ya sea en términos de conducta, de voluntad o, como ocurriría con el terrorismo totalitario, de identidad.

De este modo, en los esfuerzos para analizar y comprender las diversas tipologías de la violencia, tan parcial parece ser adjudicar la preponderancia en la conducta violenta a una dimensión aislada del sistema de respuesta, como ineficaz considerarla sin prestar atención a los diversos determinantes personales, a los situacionales y a su interacción. En este punto, las líneas de estudio más prometedoras en el análisis de la conducta violenta del ser humano avanzan a través de los denominados *modelos de diathesis-estrés* (o modelos de vulnerabilidad) que toman en consideración variables predisponentes o factores de vulnerabilidad, desencadenantes y factores de mantenimiento o refuerzo del comportamiento violento desde un enfoque bio-psico-social. Concretamente, en lo que respecta a la violencia sistemática que estructura el terrorismo, siguiendo a Fernando Reinares (1998) podemos afirmar que el conocimiento es mucho menos extenso y definitivo en la empresa de dilucidar los determinantes de la conducta terrorista, carencia que se puede atribuir en general al estudio de los radicalismos políticos de acción violenta.

Aunque bien es cierto que pueden encontrarse obras, como el clásico de Hannah Arendt (1997), de interesante factura y profundo calado antropológico en su intento de diseccionar fenómenos de opresión política y social donde la violencia y la coacción sistemáticas ejercen funciones instrumentales de primer orden en el mantenimiento de un sistema estatal de anulación del individuo, o bien explicaciones ambiciosas y de excelente fondo histórico v.g. Gilles Kepel (2000), que ofrecen una perspectiva analítica respecto a la génesis de desviaciones políticas integristas de corte excluyente basadas en fundamentalismos religiosos, e incluso rigurosos estudios analíticos sobre estrategias del terrorismo (Reich, 1990; Crenshaw, 1995; Domínguez Iribarren, 1998; Sánchez Cuenca, 2001), son no obstante escasos, y entre ellos muy tentativos, los esfuerzos para captar la estructura de la violencia sistemática a una escala individual, situando el foco de análisis en la persona que ha incorporado la violencia, como patrón estable de comportamiento, a su repertorio conductual. De entre estos últimos, los avances más prometedores están apareciendo en el ámbito de la psicología criminal, en el estudio de las psicopatías y en sus traducciones transgresoras (Raine y Sanmartín, 2000), aunque adoleciendo todavía de un importante sesgo clínico y forense que previene de la generalización de resultados a grupos de individuos que, como la mayoría de los terroristas, se acepta que no tienen una desviación psicopatológica de base que contribuya sustantivamente a la definición de su conducta criminal, pese a que se hayan propuesto "*desviaciones*" en el razonamiento (Laval, 1995) o incluso una suerte de idiocia moral (Bilbeny, 1993) en las personas más parecidas al terrorista etnófilo-etnófobo de hoy: los exterminadores nazis de ayer.

En este estado de cosas, observando la multidimensionalidad, la multideterminación y, sobre todo, la naturaleza social de la conducta violenta, por una parte, y la ausencia de psicopatologías relevantes que puedan dar apropiada cuenta, en su conjunto, del comportamiento asesino del agresor sistemático, sería útil aproximarnos a un modelo

psicológico que tratara de aprehender qué procesos y estructuras confluyen en un individuo, en principio normal, para que pueda ejercer, de manera sistemática, un tipo de conducta altamente aversiva como aquella de ejercer violencia sostenida sobre otros seres humanos por procedimientos de intensa carga cruenta. La utilidad de tal acercamiento se acrecienta si percibimos que existe una preocupante debilidad en la creación teórica que guíe la investigación científica en la materia, marcadamente escorada hacia posicionamientos de exigua sistematización teórica en lo social (Voegelin, 2002) o de un fuerte sesgo positivista y ateorico en lo psicológico, adoleciendo de una crónica falta de comunicación y trasvase interdisciplinarios en cualquier caso.

Puesto que la violencia es la construcción de un sujeto social, su interiorización individual no sólo se ha de nutrir de todas las dinámicas de elaboración de representaciones mentales a partir de procesos perceptivos sino, lo que es más importante para nuestra argumentación, de la asimilación de significados simbólicos en los que descansan la mayoría de los referentes sociales. Es por ello que uno de los abordajes más interesantes en la aspiración de aportar una explicación para el comportamiento del agresor sistemático, válida tanto para el activista del terrorismo político étnico-nacionalista, como revolucionario o religioso, o del agresor de mujeres en escenarios de sostenibilidad de la violencia, o incluso de cierto tipo de agresores sexuales, se nos presenta por el lado de intentar dilucidar cómo interioriza y traduce mentalmente su realidad social la persona (psicológicamente) normal que acabará siendo un agresor con pretensiones de cambiar esa realidad por procedimientos violentos.

Construcción mental de una realidad paralela

El ser humano es un constructor activo de la realidad. Las estructuras dispuestas en el organismo para recolectar información acerca del entorno articulan un complejo sistema cuyos mecanismos permiten a cada persona elaborar su propia y única comprensión subjetiva de la realidad. El mismo objeto, por ejemplo una maleta de viaje o un pañuelo, puede traducirse en una profusión de significados diversos en individuos singulares según el contenido de sus experiencias personales. La maleta evocaría viajes exóticos en unas personas o vacaciones anuales rutinarias en otras; el pañuelo llamaría a recordar una velada romántica en alguien, mientras que en algún otro su significación no superaría el remedio ante un exabrupto fisiológico. Con todo, tales significados, aunque separados en lo personal, están sustentados sobre un eje básico determinado por los parámetros definitorios fundamentales que dan forma al objeto, los cuales nos permiten concluir que aquello que se observa es, en efecto, una maleta o un pañuelo. Puede afirmarse, por tanto, la existencia de un amplio consenso perceptivo sobre el entorno, que nos permite manejarnos en el mundo como colectivo social.

Tal consenso, no obstante, es menor en cuanto entramos a considerar formas cargadas simbólicamente, y todavía más precario en tanto nos aproximamos a elaboraciones mentales abstractas sustentadas esencialmente en atribuciones y en la interpretación de conceptos, como son las creencias o las ideologías. Símbolos y creencias ven reducidos el ámbito en que son compartidos, a menudo limitando el acuerdo sobre su percepción a grupos que las utilizan a la manera de signos definitorios de su identidad: es el caso de enseñanzas, himnos, mitos e iconos.

A este respecto, el conjunto de representaciones mentales que conforman la creencia y el símbolo, contruidos subjetivamente a partir de la interpretación de la realidad objetiva, asumen la función adicional y activa de pasar a servir de filtros con los que interpretar y evaluar la nueva información que llega al perceptor, con los que “*descifrar con sencillez unas realidades demasiado complejas*” (Maalouf, 1998). De un modo bidireccional, el individuo construye la creencia a partir de su entorno personal hasta que llega un punto en que, estable y asentada en la mente, esa creencia comienza a servir para elaborar y filtrar la percepción de ese mismo entorno, ajustando la información que es coherente con la red de esquemas y rechazando o reinterpretando la disonante. En ese proceso, los esquemas mentales que vertebran esas creencias o ideologías toman progresivamente el control de la conducta en contextos donde el contenido de esos esquemas sea más proclive a activarse. Comienza a fraguarse, así, una realidad paralela, cargada simbólica y subjetivamente, que determina la conducta del sujeto o del grupo en donde la creencia sea un elemento definitorio de la identidad. Los esquemas mentales, instrumentalizados a través de actitudes, asumen una actividad autónoma y paulatinamente automatizada que guía la conducta y de la que poco a poco el perceptor deja de ser consciente. La incidencia de estos esquemas es mayor en conductas complejas cuyos desarrollos se justifican sobre la base de creencias o teorías acerca de cómo debe funcionar la realidad. Diversos tipos de conducta violenta, sistemática y premeditada, se apoyan en esta clase de dinámicas subjetivas.

En ese estado de cosas, la violencia puede ser practicada en el marco de un escenario mental donde tenga perfecto sentido para quien la ejerce; donde la realidad de una víctima, a quien se deshumaniza, se racionalice sin afectar al equilibrio personal del victimizador. Incluso, los esquemas compartidos por un grupo violento, que ajustan el imput perceptivo que sus integrantes reciben del entorno social, pueden poseer un contenido ideológico de tal magnitud que la violencia se considere un valor contramoral (pues reinterpreta, el encuadre moral de la sociedad). De este modo, el grupo violento asumirá a la manera de un deber rectificar por la fuerza esa realidad exterior para que, pretendidamente, adopte la forma dictada por el subjetivo conjunto de reglas construidas e interiorizadas por el grupo, esto es: su realidad paralela. En el plano colectivo, la definición de esa realidad paralela es nuclear en el caso de fundamentalismos ideológicos, ya sean de corte político, étnico o religioso, canalizados a través de radicalismos violentos. En el ámbito individual, por su parte, encontramos agresores sistemáticos que ejercen violencia sobre un determinado tipo de víctimas en parcelas personales concretas, de manera compartimentalizada y actuando

ajustadamente en el desempeño del resto de roles sociales, difundiendo hacia los demás una imagen de normalidad perversa mientras golpean o matan en el escenario donde sus esquemas de violencia se activan. Ambas agrupaciones de individuos comparten la posesión de entramados cognitivos encapsulados (aislados y cerrados) que les permiten asumir la violencia como una conducta auto-aceptada, reforzándose convicciones y actitudes cada vez que se produce una ignición del mecanismo que vincula esquema mental justificador y comportamiento agresivo.

En el marco multidimensional en el que nos situamos, sin dejar de lado las dinámicas conductuales del comportamiento (reforzamientos de determinados patrones de conducta, habituaciones, etc.) ni su inserción social, estimo que una de las claves para comprender, y por tanto intervenir adecuadamente sobre, la violencia sistemática que representa el terrorismo es ser capaces de ofrecer una idea aproximada de cómo el ser humano individual que se convierte en terrorista lo hace en función de la interiorización de una realidad distorsionada sobre su entorno, hilvanando un respaldo ideológico de contenido político-social-religioso que se traduce en una profusión de esquemas mentales que ejercen de engranajes algorítmicos y por tanto, de respuesta estereotipada para producir eso que Fernando Savater (2002) denomina “*razonamientos utilitarios*”, dedicados al servicio de justificar la violencia terrorista.

Diversas teorías relacionadas con el aprendizaje y el procesamiento de la información sociales (Bandura, 1986; Berkowitz, 1999) han enfatizado el papel central de procesos y productos cognitivos tanto en la adquisición como en el mantenimiento y consolidación de la conducta agresiva, ya sea en lo referente a estabilidad temporal como a consistencia transituacional. Rowell Huesmann (1988), por ejemplo, utiliza la estructura cognitiva de los *scripts* hipotetizando su papel controlador sobre la conducta agresiva, de manera que inputs ambientales, emociones e información almacenada en memoria interaccionan a través de estas estructuras mentales más o menos estables produciendo una serie de resultados pautados, reforzados en su automatización en la medida en que los *scripts* son activados. Los *scripts*, o secuencias pautas de acción, funcionarían a través del filtro de una serie de creencias autorreguladoras. Entre ellas, un tipo de particular relevancia en cuanto a su incidencia en el mantenimiento de conductas de violencia, serían las denominadas por los autores *creencias normativas*, un grupo de esquemas cognitivos que servirían como referentes internos para definir la aceptabilidad o no de un determinado comportamiento (Guerra, Huesmann y Hanish, 1994; Huesmann y Guerra, 1997). Así pues, las creencias normativas filtrarían los *scripts* de conducta en tanto en escenarios específicos o generales y de procesamiento automático o controlado, no necesariamente coincidiendo en su totalidad con los estándares normativos sociales y exponiendo una alta resistencia al cambio. Las creencias normativas, una especie por tanto de regulador moral de la conducta, serían adquiridas en el transcurso de la socialización pero, sobre todo y en su íntima relación con la configuración de la identidad, propongo que tendrían en la adolescencia su etapa más crítica de consolidación. En este punto, es muy oportuno apuntar hacia el papel de la

educación en la alimentación de determinadas violencias sistemáticas, encontrándonos en las *madrasas* pakistaníes un verdadero paradigma en la conformación de una cultura integrista islámica con referentes normativos no sólo excluyentes sino también totalitarios, y en algunas *ikastolas* vascas, por ejemplo, un modelo de transmisión de valores étnicos de contraste que favorecen, cuanto menos, el maniqueísmo.

En las aproximaciones cognitivas al estudio de la conducta agresiva, en general, y de la violencia terrorista en particular, se ha prestado a mi juicio insuficiente atención a teorizar o investigar sobre las vías implicadas en dos dimensiones características de determinadas tipologías violentas: la compartimentalización conductual del ejercicio de la violencia en el repertorio comportamental del agresor, de manera que la violencia es prevalente en el seno de un rol social (hay terroristas, no necesariamente activistas operativos, que son excelentes padres de familia), pero no en el resto; y la evitación, por medio de mecanismos cognitivos específicos, de las autosanciones que se derivarían del empleo de estrategias de afrontamiento censuradas socialmente, i.e. la violencia sistemática.

Respecto a la compartimentalización conductual en el repertorio del comportamiento de activistas del terror, la literatura hasta el momento se limita a ofrecer fundamentalmente escasas impresiones fenomenológicas descriptivas. En concreto, tras los atentados en Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001, han proliferado informaciones de prensa dando cuenta de cómo los terroristas suicidas que pilotaron los aviones comerciales utilizados como bombas contra el World Trade Centre de Nueva York pasaron años en estado "*durmiente*" viviendo existencias de estudiante en Europa y los Estados Unidos.

Sin entrar a considerar el extremo de socializaciones específicas en entornos violentos o aquellos contextos subculturales que acepten la violencia como vía de intervención política o social (Reinares, 2001), en cuanto a los mecanismos cognitivos para lograr una egosintonía, una interiorización no disonante de la violencia, hay que comenzar afirmando que la mayoría de los procesos de socialización reprueban y sancionan por diversos medios explícitos e implícitos el ejercicio de la violencia en las relaciones interpersonales. De un modo general puede apuntarse, en línea con lo expuesto por Walters (1990) para otro tipo de agresores sistemáticos, que los terroristas toman decisiones agresivas porque disponen de un sistema cognitivo que les permite filtrar la realidad de manera que validen la intención de dañar, siendo condiciones como la autoexculpación las que posibilitan que el sujeto transgreda los límites normativos aceptados y se comporte de forma violenta.

Desde los trabajos clásicos de Stanley Milgram (1963, 1965, 1974) sobre obediencia a la autoridad, ha sido Albert Bandura (1990) quien de un modo más específico ha investigado acerca de las construcciones cognitivas que permiten al individuo autorregular la conducta violenta para acoplarla, de manera egosintónica, a su repertorio de comportamiento. Mientras los experimentos de Milgram tenían como núcleo central los efectos que la inserción de un individuo en una estructura jerárquica podrían producir en la disociación de éste de su conducta, a la manera de lo que el autor denominaba un *estado*

agéntico, y la violencia de los sujetos experimentales era considerada a modo de epifenómeno, Bandura en cambio aborda en profundidad la observación de los factores que posibilitan la agresión sistemática en personas que han sido socializadas en entornos no permisivos con la violencia. Postulando un sistema autorregulatorio de control moral construido durante el aprendizaje en el desarrollo del individuo, el autor propone que existen una serie de *mecanismos de desconexión moral* (moral disengagement) que posibilitarían al sujeto circunvalar respuestas autodesuasorias, autorreactivas o autopunitivas resultado de la violación consciente de normas aprendidas de conducta (Bandura, 1986). Entre los mecanismos citados para condicionar el sistema de control interno figurarían desde la reconstrucción conductual, pasando por el etiquetaje eufemista, el desplazamiento de la responsabilidad o la minimización, hasta la deshumanización o el autoengaño por racionalización. De este modo, en personas sin patología mental, la violencia se convierte en personal y socialmente aceptable por medio de una reestructuración cognitiva donde se altera el valor moral previamente atribuible al comportamiento agresivo.

En terroristas, aparte los mencionados intentos descriptivos, no se han analizado la morfología y funcionalidad de estructuras cognitivas eventualmente implicadas en la conducta violenta, en línea con que no existen hipótesis sobre la naturaleza, a niveles micro o meso, de sistemas de índole cognitiva involucrados en el mantenimiento de ese tipo de comportamientos en esta clase de agresores sistemáticos.

La estructura mental del terrorista

Una interesante vía alternativa de exploración para las dos dimensiones referidas arriba (compartimentalización y, por ende, desconexión moral) podría surgir a partir de una aproximación desde la teoría de los esquemas. Sin entrar en la multitud de intentos definicionales proporcionados desde que Barlett (1932) adoptara el término en sus investigaciones sobre la memoria, un principio tentativo de conceptualización para los esquemas podría ser el propuesto por David Rumelhart (1980, 1984), que los reconoce a modo de *“paquetes o unidades de conocimiento que incluyen tanto conocimiento en sí como información acerca de cómo debe utilizarse tal conocimiento, y de los que depende el procesamiento de toda nueva información”*. A este planteamiento habría que añadir, a mi juicio, dos ideas fundamentales: 1) cerebralmente, el esquema es un conjunto de neuronas que se activan juntas, sincrónicamente, incluyendo estas conexiones neuronales vínculos con procesos fisiológicos, a la manera que lo sugiere Neisser (1976), primordialmente de índole emocional; y 2) que el esquema es un sistema representacional inconsciente de activación paralela y distribuida de redes neuronales, que funciona en base a principios heterárquicos (Mandler, 1985), donde dentro de una flexibilidad de vínculos adaptativos la activación de un esquema produciría la inhibición de otros en conflicto (McClelland y Rumelhart, 1981). Traducido al terreno fenomenológico, puede decirse que los esquemas mentales,

interiorizados en el terrorista y estructurados a partir de una ideología dogmática, tendrían una importante ligazón emocional y por tanto identitaria (las emociones están contextualizadas a partir de nuestro autoconcepto (Higgins, 1987), a partir de quienes creemos que somos y, por tanto, de qué pensamos que debemos sentir ante una determinada situación); y que una vez activados, esos esquemas tomarían el control de la conducta con preponderancia sobre otras rutinas conductuales en curso. Este último punto tiene una vigencia nuclear en los terroristas en la clandestinidad, expuestos a entornos fuertemente endogámicos y a una activación permanente de los esquemas asociados a su identidad terrorista (Montero, 2001a, 2002).

Digamos, pues, a riesgo de simplificar, que los esquemas que alojan el centro de mando de la violencia del terrorista son agrupaciones neuronales que están programadas para ligar determinadas percepciones con creencias y actitudes, y todas, a su vez, con conductas más o menos automatizadas. Al modo en que intuyera el propio Kant (1985), los esquemas interdigitan las propiedades de la mente -categorías a priori- y los datos sensoriales en bruto -la experiencia-. Los esquemas, contruidos subjetivamente a partir de la interpretación de la realidad objetiva, adoptan la función activa de servir de filtros con los que interpretar y evaluar la nueva información que llega al perceptor. Precisamente, en espacios ideológicos cerrados y de alta densidad, como el que socializa a la autodenominada izquierda abertzale en Euskadi o a la Yihad Islámica en Palestina, esas categorías mentales kantianas para comprender el entorno social en donde está inserto el sujeto están definidas a partir de, y alimentadas por, la ideología. En sistemas grupales dogmáticos y excluyentes, donde se restringe severamente e incluso se penaliza el intercambio intergrupar, podemos afirmar siguiendo a Arent (1972) que la ideología es un factor de riesgo, de vulnerabilidad, para la emergencia de conductas totalitarias (de las que el terrorismo es su expresión violentamente más instrumental), explicando la vida y el mundo, su pasado, presente y futuro sin hacer necesariamente una labor de contraste con la experiencia real, esto es, haciendo del sistema ideológico un mecanismo alógico de interpretación.

En este marco, propongo que la conducta violenta en terroristas posee un anclaje en estructuras cognitivas específicas que incorporan *esquemas encapsulados*. Estos esquemas, no obstante su naturaleza cognitiva, tendrían una conformación multidimensional, de manera que incluirían en su entramado vínculos con configuraciones perceptivas específicas fruto de constelaciones estímulares ambientales concretas, con creencias y actitudes, a través de los conceptos que las representan, con imágenes y otros productos mnésicos, con estados fisiológicos y afectivos, y con protocolos de acción -scripts-. El encapsulamiento de estos esquemas, contruido y reforzado a partir de su activación diferencial en una conducta violenta compartimentalizada para dominios conductuales específicos (el terrorista en "*la guerra*" que ha fabricado en su realidad paralela), permitirá la optimización funcional de estas estructuras, por una parte, y una alta resistencia al cambio, por otra. Conceptualmente, los esquemas encapsulados para el terrorismo girarían en torno a las justificaciones necesarias para racionalizar la conducta violenta y a los mecanismos para evitar las

autosanciones derivadas de la transgresión de códigos morales. Una vez activados, los esquemas actuarían como algoritmos inconscientes que tienen a ser completados de modo automático.

Tanto la configuración multidimensional de los esquemas encapsulados para la violencia compartimentalizada del terrorista, como la recuperación de estados psicológicos y emociones concretos en su mente que facilitarían los scripts para la violencia, podrían tener una dinámica similar a la teorizada por Antonio Damasio en su hipótesis del *marcador somático*. Este autor propone (Damasio, 1994) que las representaciones mentales rememoradas (Damasio teoriza para imágenes mentales explícitas, que en su terminología pueden ser "*imágenes*" visuales como de cualquier otra modalidad sensorial, pero a mi juicio es válido añadir representaciones semánticas y/o simbólicas, tales como conceptos) surgen de la activación sincrónica y transitoria (time-locked) de modelos de disparo neural, activación que generaría una *representación organizada topográficamente*. Estas representaciones organizadas topográficamente son, a su vez, detonadas por *pautas neurales disposicionales* localizadas en zonas de convergencia (conjuntos de neuronas que disparan disposiciones, tendencias, dentro de poblaciones neuronales). Las pautas neurales disposicionales se adquieren por aprendizaje a través de la experiencia, de hay la relevancia de la socialización en cuanto consideramos la conducta violenta. Parte de estas ideas ya fueron anticipadas por Donald Hebb, no sólo en lo relativo a las conocidas *sinapsis hebbianas* (fortalecimiento de las conexiones neuronales que se han activado juntas en el pasado, que muy bien podrían postularse como mecanismo micro para dar cuenta de la estabilidad del esquema), sino también en cuanto a su *principio de convergencia sincrónica*: "*dos células o sistemas que reiteradamente se muestren activos al mismo tiempo tenderán a convertirse en asociados, de suerte que la actividad de uno facilite la de otro*" (Hebb, 1949).

Las representaciones organizadas topográficamente, que tienen una similitud esencial con el constructo de esquema al que me he referido, estarían conectadas por aprendizaje con clases específicas de estados somáticos. De este modo, la activación del esquema incorporaría conexiones con emociones particulares, dependiendo de los procesos asociativos en marcha que se produjeran al emparejar configuraciones ambientales con estados corporales en el momento de la articulación inicial del esquema, que posteriormente se consolidaría por sucesivas activaciones.

Así, ante determinados estímulos disparadores, que anticipan escenarios planificados y ya estructurados cognitivamente por el agresor para la descarga de violencia, se activan los esquemas encapsulados recuperando estados psicológicos y emocionales concretos. Esta configuración concreta incluye cogniciones congruentes con el estado de ánimo que autoalimentan la activación fisiológica y que se traducen en determinadas autoverbalizaciones (lo que el terrorista se dice a sí mismo) cuya función es catalizar la conducta agresiva, esto es, incrementar el grado de activación, aumentar el afecto negativo cargado de hostilidad, restringir la canalización atencional e inhibir la activación de otros esquemas. A su vez, las autoverbalizaciones refuerzan la estructura conceptual del esquema

ajustándose a la línea racional y argumental de las justificaciones incorporadas al modelo cognitivo del terrorista sobre la violencia que ejerce.

Una de las características distintivas de los modelos mentales que engranan la realidad paralela del terrorismo, haciendo muy complicada la modificación de la conducta que generan, es su resistencia al cambio. Una vez estructurados, el terrorista se expondrá únicamente a información confirmatoria, evitando a toda costa escenarios divergentes y reforzando, por tanto, el contenido de los esquemas que alojan la creencia o ideología; se aislará en espacios de endogamia intelectual para que la agrupación de ideas concordantes alrededor suponga un elemento más de autoalimentación. Cuando lleguen a consolidarse en base a la experiencia, los esquemas mentales dirigirán selectivamente la propia atención del sujeto hacia espacios de validación, reinterpretando o evadiendo por negación la evidencia contradictoria. Entonces, la realidad exterior se desdibujará en la mente del perceptor por implantación de una realidad paralela que funcionará como imagen distorsionada de un entorno social manipulado e ignorado. La percepción del violento funcionará, así, alimentando el aparato justificador de su violencia. Entre los fenómenos de expresión más trágica de estas dinámicas de estructuración cognitiva de la violencia destaca el comportamiento terrorista, que alcanza su extremo, en cuanto a realidad paralela y fanática anidada mentalmente, en la conducta de militantes suicidas que en la forma de "*bombas humanas*" proliferan en Oriente Medio, seres completamente alienados que teatralizan el papel de soldados de su causa infiltrados en territorio enemigo.

Finalmente, todo el aparataje neuronal productor de una estructural mental funcional puesta al servicio de la violencia sistemática en el terrorista ha de estar relacionado, forzosamente, con sus modelos mentales encargados de procesar la información del entorno con relación a la identidad del sujeto. La identidad, denominada operacionalmente "*autoconcepto*", es nuclear en la manifestación de la conducta. El qué y quién somos determina y delimita constantemente, de una manera implícita, automática, qué y cómo actuaremos. Tanto en terroristas, que deben de fraguar una identidad específica que sea consonante con la violencia que ejercen (en el proceso, el etiquetaje de su identidad social oscila entre los conceptos de luchador de la libertad, soldado de dios, gudari, muyahidín, etc), como en víctimas sometidas a largos períodos en entornos de violencia sistemática (Montero, 1999, 2000, 2001b), la identidad sufre una potente afectación. No ha de ser casual, pues, que las propuestas de localización cerebral funcional de la identidad apunten al lóbulo frontal derecho (Sacks, 1985), área de coincidencia con las estructuras cerebrales implicadas en el arbitraje superior de la conducta violenta, sobre todo de la planificada. Tampoco es incidental que la violencia del terrorismo se sustente en densos edificios dogmáticos, enquistados y alógicos por su patológica defensa frente a la falsación empírica, ideologías estrechamente vinculadas al autoconcepto del terrorista e interiorizadas a modo de referente moral que guía la conducta del asesino politizado que es el terrorista dictando, con gruesas líneas perceptivamente distorsionadas por el filtro de la ideología encapsulada, qué es lo bueno y qué es lo malo y, sobre todo, identificando paradójicamente al terrorista con la libertad y a su víctima con la opresión.

Referencias

- Arent, H. (1972). *Le système totalitaire*. Paris, Seuil.
- Arent, H. (1997). *Los Orígenes del Totalitarismo*. Madrid: Alianza.
- Bandura, A. (1986). *Social Foundations of Thought and Action: a Social Cognitive Theory*. Englewood Clifts: Prentice Hall.
- Bandura, A. (1990). Mechanisms of moral disengagement; en W. Reich (ed), *Origins of Terrorism*. Cambridge University Press.
- Bartlett, F.C. (1932). *Remembering: a study in Experimental and Social Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Berkowitz, L. (1990). On the formation and regulation of anger and aggression: a cognitive-neoassociationistic analysis. *American Psychologist*, 45, 494-503.
- Bilbeny, N. (1993). *El idiota moral*. Barcelona: Anagrama.
- Crenshaw, M. (1995). *Terrorism in context*. University Park: Pennsylvania State University Press.
- Damasio, A.R. (1994). *Descartes' Error. Emotion, Reason and the Human Brain*. New York: Putnam.
- Domínguez Iribarren, F. (1998). ETA: estrategia organizativa y actuaciones: 1978-1992. Bilbao:UPV.
- Guerra, N.G., Huesmann, L.R. y Hanish, L. (1994). The role of normative beliefs in children's social behavior, en N. Eisenberg (ed), *Review of personality and social psychology, development and social psychology: The interface*. London: Sage.
- Gómez-Jarabo, G. (1999). *Violencia: antítesis de la agresión*. Valencia: Promolibro
- Hebb, D.O. (1949). *The organization of behavior*. New York: Wiley and Sons.
- Higgins, E.T. (1987). Self-discrepancy: a theory relating self and affect. *Psychological Review*, 94 (3), 319-340.
- Huesmann, L.R. (1988). An information-processing model for the development of aggression. *Aggressive Behavior*, 14, 13-24.
- Huesmann, L.R. y Guerra, N.G. (1997). Children's normative beliefs about aggression and aggressive behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 72, 408-419.
- Kant, I. (1985). *Crítica de la Razón Pura*. Barcelona, Orbis.
- Kepel, G. (2000). *Jihad: expansion et déclin de l'islamisme*. Paris: Éditions Gallimad.
- Laval, G. (1995). *Malaise dans la pensée. Essai sur la pensée totalitaire*. Paris: Publisud.
- Lorenz, K. (1966). *On Aggression*. New York: Harcourt.
- Maalouf, A. (1998). *Les identités meurtrières*. Paris: Éditions Grasset et Fasquelle.
- Mandler, G. (1985). *Cognitive Psychology: an essay in cognitive science*. Hillsdale: LEA.
- McClelland, J.L. y Rumelhart, D.E. (1981). An interactive activation model of context effects in letter perception: part 1. An account of basic findings. *Psychological Review*, 88, 375-407.
- Milgram, S. (1963). Behavioral study of obedience. *Journal of Abnormal Social Psychology*, 67.
- Milgram, S. (1965). Liberating effects of group pressure. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1.
- Milgram, S. (1974). *Obedience to Authority*. London: Tavistock.
- Montero, A. (1999). Psicopatología del Síndrome de Estocolmo: ensayo de un modelo etiológico. *Ciencia Policial*, 51, 51-72.
- Montero, A. (2000). El Síndrome de Estocolmo Doméstico'. *Claves de Razón Práctica*, 104.
- Montero, A. (2001a). Violencia e Identidad Palestina. *El Correo*, 14 diciembre
- Montero, A. (2001b). Síndrome de adaptación paradójica a la violencia doméstica: una propuesta teórica. *Clínica y Salud*, 12(1), 5-31.

- Montero, A. (2002). ETA, realidad política e identidad terrorista. *El Correo*, 8 marzo.
- Neisser, U. (1976). *Cognition and reality. Principles and implications of cognitive psychology*. San Francisco: Freeman.
- Poundstone, W. (1995). *El dilema del prisionero*. Madrid: Alianza, pag. 15.
- Raine, A. y Sanmartín, J. (2000). *Violencia y Psicopatía*. Barcelona: Ariel.
- Reich, W. (1990). *Origins of terrorism: psychologies, ideologies and states of mind*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Reinares, F. (1998). *Terrorismo y Antiterrorismo*. Barcelona: Paidós.
- Reinares, F. (2001). *Patriotas de la Muerte*. Madrid: Taurus.
- Rumelhart, D.E. (1980). Schemata: the building blocks of cognition. En R.J. Spiro, B.C. Bruce y W.F. Brewer (eds), *Theoretical issues in reading comprehension: perspectives from cognitive psychology, linguistics, artificial intelligence and education*. Hillsdale: LEA.
- Rumelhart, D.E. (1984). Schemata and the cognitive system. En R.S. Wyer y T.K. Srull (eds), *Handbook of social cognition*. Hillsdale: LEA.
- Russell, B. (1971). *Autobiografía*. Madrid: Aguilar.
- Sacks, O. (1985). *The wife who mistook his wife for a hat*. New York: Touchstone Books.
- Sánchez-Cuenca, I. (2001). *ETA contra el Estado*. Barcelona: Tusquets.
- Sanmartín, J. (2000). *La Violencia y sus Claves*. Barcelona: Ariel.
- Savater, F. (2002). El Asco. *El País*, edición de 9 agosto
- Storr, A. (1968). *Human Aggression*. New York: Bantam Books.
- Voegelin, E. (2002). Debate sobre los Orígenes del Totalitarismo. *Claves de Razón Práctica*, 124.
- Walters, G. (1990). *The criminal lifestyle*. Newbury Park: Sage.